ΣΟΦΙΑ

REVISTA TEOSÓFICA

SATYAT NÂSTI PÂRO DHARMAH

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

La Sociedad Teosófica no es responsable de las opiniones emitidas en los artículos de esta Revista; siéndolo de cada artículo el firmante, y de los no firmados la Dirección.

LA CONSTRUCCIÓN DEL KOSMOS

SONIDO. — (CONTINUACIÓN)

Si se coge un vaso y se descubre su nota fundamental — lo cual puede hacerse fácilmente echando agua hasta la mitad y pasando un arco de violín por el borde, con lo que el agua se divide — y reproducimos esta nota fundamental en un instrumento que dé un sonido muy intenso y ruidoso, percibiremos que el vaso repetirá la nota, y luego veremos que el agua empieza á vibrar sin que nadie la haya tocado. El sonido crece, y las ondas del agua que muestran cómo actúa aquél, aumentan más y más de volumen, se hacen más y más turbulentas, hasta que, chocando unas con otras, forman oleadas tumultuosas en lugar de armonía, y entonces la vibración de las moléculas del vaso, que es la causa de todos estos movimientos del agua, se hacen demasiado fuertes para que el vaso pueda resistirlas, y éste estalla en todas direcciones. Del mismo modo Tyndall ha hecho el experimento con una varilla de cristal; frotándola suavemente, ha producido un sonido; pero haciendo este sonido intenso, la varilla ha desaparecido hecha pedazos; sólo quedaron fragmentos circulores que demostraban el poder de la nota que el mismo cristal había producido.

Tenemos, pues, en todas partes, las pruebas de que el Sonido puede desintegrar la forma, así como puede crearla; como véis, el Sonido puede obrar, ya como constructor, ya como conservador, ya como destructor; y digo que es conservador, puesto que sin el Sonido no existe

nada. Todo está en constante movimiento; una clase de movimiento construye la forma, otra la conserva y una tercera la destruye; y la destrucción de una forma, es sólo la construcción de otra nueva. Lo que es destructor en un concepto, es creador en otro. El aniquilamiento no existe; pues toda muerte en una esfera es un nacimiento en otra.

Terminaremos este rudo bosquejo de esta parte de la construcción del Kosmos y del poder del Sonido, mostrando cómo justifica lo que se ha llamado superstición y locura, y mera charla de gente ignorante, acerca del empleo del Sonido.

Desde que existe la religión Brahmánica, ha sido reconocido el poder del Sonido en la Palabra sagrada; en esta Palabra residen todos los poderes; pues ella expresa al Ser Uno y único, y por tanto, todos los poderes de generación, de conservación y de destrucción. De aquí que esté prohibido usar negligentemente esa Palabra, y en reuniones heterogéneas; de aquí que no deba pronunciarse donde haya mucha gente, y en donde la intervención de corrientes adversas de magnetismo produzcan una atmósfera confusa, en que cualquier gran sonido que se lance haya de causar perturbación en vez de armonía; por tanto, jamás debe pronunciarse, sino cuando la mente es pura, cuando la mente está tranquila; jamás deberá usarse de ella, sino cuando la vida es noble; porque el Sonido que actuando dentro de la armonía, construye, destruye, operando en medio de la desarmonía; y todo lo que es malo es tumultuoso, mientras que todo lo puro es armónico. El gran Aliento, que es pureza, se extiende en vibraciones rítmicas, y todo lo que va al unísono con este ritmo, es esencialmente puro; y por tanto, armonioso. Pero cuando el gran Aliento, actuando sobre la Materia, encuentra rozamientos, es porque existe alguna impureza; y si el hombre, al usar este aliento que fluye de él y que es la reflexión del Aliento Supremo, es impuro ó desarmónico (que significa lo mismo), entonces, al pronunciar el nombre de lo Supremo en tales circunstancias, provoca su propia destrucción, su propia desintegración, pues produce desarmonía en la fuerza misma de lo Divino. Pues ¿qué otra cosa ha de hacer sino destruir aquello que no tiene nada de común con la armonía divina?

Y esto sucede no sólo con la Palabra sagrada, sino también con el mantra que se emplea para construir. Pues ¿qué objeto tiene — ¿no habéis pensado alguna vez en ello? — el que cuando se está formando una nueva vida en el seno materno, se repitan los mantras ó cantos sagrados? ¿Para qué es esto? Para que las fuerzas constructoras de los

mantras actúen sobre la vida que se está formando y la envuelvan en vibraciones armoniosas, de modo que lo que nazca sea morada digna de un alma noble. ¿Por qué desde el momento de la concepción comienza para el indio la acción religiosa? Porque el Espíritu no debe estar nunca sin Religión; porque cuando el Espíritu se aproxima á su nacimiento humano, es necesario que las fuerzas de la Religión le rodeen, y ayuden en la construcción de su morada terrestre. De este modo también se da la bienvenida con el Sonido sagrado á la nueva vida, en el momento mismo de su entrada en este mundo de la manifestación; para que la sagrada armonía le envuelva y le de en la hora del nacimiento el impulso que ha de conducirle á un desarrollo armonioso. Paso á paso esta armonía modela la creciente vida, y cuando llega el tiempo en que el Espíritu pueda obrar más directamente sobre el cuerpo físico, se le marca con la ceremonia de la iniciación que da al niño el mantra que ha de constituir la nota fundamental de su vida futura. Por lo tanto, el mantra debe proceder de quien conozca la nota fundamental de esa vida, y sea capaz de darle los sonidos necesarios para conservarla en la armonía durante su curso.

Entonces aparece el gran poder conservador del Sonido, de tal modo, que siempre que esta vida se encuentre en peligro, aquél la protegerá; siempre que esta vida se vea amenazada visible ó invisiblemente, el murmullo del mantra pronunciado, se interpondrá entre ella y el peligro, produciendo á su alrededor ondas de armonía que rechazarán todo el mal con la fuerza de sus vibraciones. Cualquier enemigo que venga contra ella, será repelido en cuanto se ponga en contacto con estas vibraciones. Y así sucesivamente toda la vida hasta la hora de la muerte. Todas las mañanas, el mantra cantado, dará la tonalidad del día, y éste será armonioso y correrá al unísono con la nota con que ha comenzado; y cuando el día termine y el sol se ponga de nuevo, el canto debe sonar otra vez, para que la desarmonía del día pueda convertirse en armonía, y el Espíritu pueda marchar durante la noche hacia su Señor. Y cuando llegue la hora de la muerte y el Espíritu tenga que pasar á otras regiones del Universo, el mantra cantado le acompaña.

En las ceremonias de Shrâddha se usan sonidos especiales encaminados á romper los lazos materiales del Alma, y á destruir el cuerpo que se forma al otro lado de la tumba, el cual mantiene aprisionada al Alma. Así, hasta el umbral del Devaloka la acompaña el Sonido, hasta que entra en este Loka, durante cuya estancia en él la rodeará el canto de los Devas con un océano de armonía sin mezcla alguna de las discordancias

terrestres; y allí la mantendrá en reposo y dicha perfectos, hasta que suene la hora de volver á la tierra, donde otra vez servirá la palabra de instrumento armonizador de la Naturaleza.

ANNIE BESANT

CARTAS QUE ME HAN AYUDADO

COMPILADAS POR

JASPER NIEMAND

(CONTINUACIÓN)

Parece que el Bien y el Mal no son inherentes á las cosas, sino á la aplicación que á las cosas damos: son condiciones de la manifestación. Muchas cosas que generalmente se llaman inmorales, son consecuencia de leyes humanas injustas, de instituciones sociales egoístas; tales cosas no son inmorales *per se*, sino relativamente; su inmoralidad es sólo cuestión de la época. Hay otras, cuyo mal consiste en el uso vil que se hace de las fuerzas superiores ó de la Vida — la cual es sagrada — de modo que tampoco en este caso es el Mal inherente á ellas, sino á nosotros mismos, por el abuso de instrumentos nobles empleados en obras ruines. No es el mal tampoco inherente á nosotros, sino que depende de nuestra ignorancia; es una de las grandes ilusiones de la Naturaleza. Todas estas ilusiones son la causa de que el alma haya de adquirir experiencias en la materia, hasta que llega á aprender conscientemente cada uno de sus aspectos; después tiene que aprender á conocer el todo de una vez, lo cual sólo puede hacer por su reunión con el Espíritu ó lo Supremo: con la Divinidad.

Si con la debida reverencia nos ponemos á considerar lo Supremo según nos lo permitan nuestras mentes finitas ó nuestra naciente intuición, sentiremos que permanece en lo alto, sin que le afecten el Bien ni el Mal. Nuestro bien es relativo, y el mal es tan sólo la limitación del alma por la materia. De la esencia material de la Divinidad, surgen todas las miriadas de diferenciaciones de la Naturaleza (Prakriti, substancia cósmica), todos los mundos y sus correlaciones. Ellas auxilian la experiencia cíclica del alma á medida que pasa de un estado á otro. ¿Cómo, pues, podemos decir que un estado cualquiera es malo en sentido absoluto? Consideremos,

por ejemplo, el asesinato. Parece un mal. En realidad, nosotros no podemos suprimir vida, pero sí podemos destruir un vehículo del divino Principio de Vida, é impedir que un alma continúe usándolo. Pero por el mismo hecho somos nosotros más perjudicados que ningún otro; porque es el fruto de cierto estado insano del alma. El hecho nos lanza, por decirlo así, al infierno, á un estado de sufrimiento durante una ó más encarnaciones. El choque, la natural retribución, nuestro propio Karma resultante, y tanto la pena que la sociedad impone, como la que la ley oculta inflige, castigan y suavizan al alma. Esta pasa por una experiencia solemne que había llegado á ser necesaria para su desarrollo, y que al fin es causa además de su purificación. En vista de este resultado, ¿fué el hecho un mal? Fué una consecuencia necesaria de las limitaciones de la materia; pues si el alma hubiese permanecido en estado celestial y libre, no hubiera podido cometer el asesinato. Tampoco ha tomado parte en él el alma inmortal, el espectador; ha sido tan sólo la personalidad, la parte elementaria del alma la que pecó. Todo lo que mantiene al alma sometida á la existencia material es mal, y así tampoco podemos distinguir. El único bien final es la Unidad, y en realidad no existe nada más que esto. De aquí que nuestros juicios sean sólo temporales. Tampoco tenemos el derecho de exigir vida por vida. «La venganza me pertenece—dice el Señor—(la Ley); yo daré el pago». Nos hacemos cómplices de asesinato al hacer tales leyes humanas. No quiero decir que tenemos que pasar corporalmente por todas las experiencias, porque algunas pasan en la mente. Ni tampoco trato de justificar ninguna. La única justificación está en la Ley.

El hombre inocente injustamente asesinado, es recompensado por Karma en una vida futura. A la verdad, todos los hombres que mueren asesinados obtienen, por decirlo así, el pago de su crédito; pues aun cuando tal desventura provenga de su Karma, la ley oculta no admite que se quite la vida. Algunos hombres son instrumentos de Karma en sus malos procedimientos; pero ellos mismos se han asignado este papel por medio de su pasado.

La Grande Alma necesitaba precisamente un cuerpo, cualesquiera que sean los errores de su naturaleza ó de las condiciones físicas que le rodean; y el frustrar el propósito del alma, es un hecho terrible para el hombre. Pues solo el hombre, la naturaleza inferior bajo la influencia de Tamas (la cualidad de la obscuridad), es quien siente impulsos de quitar la vida, ya sea por razón de la justicia humana, por venganza, por pro-

tección ó por cualquiera otro motivo. «El alma, ni mata ni es muerta.» Lo que consideramos como nosotros mismos, es sólo el hombre natural, los principios inferiores y la mente dirigidos por la falsa conciencia. En nuestro estado ordinario, sólo tenemos del alma parciales y breves vislumbres, por medio de la conciencia ó la intuición. Hay, naturalmente, estados psíquicos y espirituales, en los que se sabe más. De este modo la naturaleza lucha con la naturaleza, siempre con el objeto de realizar la purificación y evolución del alma. La Naturaleza existe sólo para los fines del alma. Si meditamos el asunto expuesto en estas líneas, veremos cuando menos cuán temerario sería el pensar que haya hechos del todo desprovisto de algún mal, ó que existen tales distinciones en lo Absoluto. El sólo es; todo lo demás es fenomenal y transitorio; todas estas diferencias desaparecen á medida que nos elevamos. Mientras tanto debemos evitar todas estas inmoralidades y otras muchas, que no son consideradas como tales por la muchedumbre, pero que lo son en el mismo grado; pues sabemos cuánto contribuyen al aumento de la ignorancia y de la obscuridad por el fermento que causan en la Naturaleza, lo cual impide que los claros rayos de la Verdad penetren en nuestra alma.

Dudo que el alma conozca lo moral ó lo inmoral. Pues considerad por un momento el caso de un alma desencarnada. ¿Qué es pecado para ella una vez libre de su envoltura, el cuerpo? ¿Qué sabe ella entonces de las leyes ó moralidad humanas, ni de las reglas y formas de la materia? ¿Las ve ella siquiera? ¿Qué incontinencias puede cometer? (1) Por esto digo que esta moral es de otro plano, para ser tenida en cuenta y obedecida aquí, pero no para ser considerada como final ni usada como balanza para juzgar al alma que se rige por otras leyes. El alma libre está en relación con otras ciencias y otros poderes del todo impersonales; la lucha de la materia queda atrás. Desde mayor altura aún, y lo mismo desde arriba que dentro de todo, el espíritu desapasionado é inmortal mira hacia abajo, sabedor de que cuando lo natural se haya vuelto á sumergir en su fuente espiritual, terminará toda esta lucha y despliegue de fuerza y de voluntad, de flujo y reflujo de las formas; esta progresión de la conciencia que vela los ojos del alma con nubes y vapores de ilusión. Aun ahora, aunque no podamos dominar estos elevados asuntos, podemos tener una confianza paciente en el proceso de la evolución y en la Ley, sin censurar ni juzgar á hombre alguno, sino viviendo en nuestras intui-

(1) Aquí indudablemente se refiere al alma en su propio plano, en el espiritual.—*N. del T.*

ciones superiores. *La verdadera prueba de lo que es un hombre, está en sus motivos*, los cuales no vemos, ni aun son manifestados siempre por sus actos.

(Se continuará.) J. N.



ELENA PETROVNA BLAVATSKY

(CONTINUACIÓN)

PASÓ un verano en Simla invitada por uno de sus nuevos amigos, Mr. Sinnett, editor del *Pioneer*, y por su esposa. Allí fué donde Madame Blavatsky cometió el gran error de realizar ciertos fenómenos en presencia de varias personas que se lo habían rogado, teniendo Mr. Sinnett la imprudencia de publicar en su periódico el relato de estos fenómenos, antes de dar á conocer aquellos «hechos»—en los cuales creía tan sinceramente — en su muy conocido libro *The Occult World* (El Mundo Oculto). Esto produjo discusiones sin fin. El clero protestó, no sin razón, contra «esta propaganda anticristiana, fundada en juegos de manos». Las calumnias contra los fundadores de la Sociedad Teosófica se recrudecieron. Se llegó hasta asegurar que, no tan sólo era ella una espía, sino también un impostor, «una sirvienta de la difunta Mad. Blavatsky, cuyos papeles había cogido y cuyo nombre usaba.»

Todos estos ataques sirvieron para agravar sus padecimientos, que la hacían sufrir terriblemente.

Vióse precisada á recurrir á la autoridad de sus parientes y amigos de Rusia, para probar su identidad. El Príncipe A. M. Dondoukoff-Korsakoff, entonces Comandante en Jefe del Cáucaso, le escribió una carta muy cariñosa en la que se mostraba como amigo suyo de la juventud, y le incluía un certificado de identidad que se publicó en casi todos los periódicos anglo-indios, con gran satisfacción de sus amigos.

Pero ¡ay! tenía más enemigos influyentes que amigos. La Sociedad Teosófica contaba por miles sus partidarios entre los naturales del país, entre los que no tenían cargos oficiales; pero contaba muy pocos conversos entre las clases directoras de la India. Los ingleses, sujetos por sus compromisos oficiales, ó por su posición social, se contentaban en su mayor parte con tomar un interés general en el movimiento y en las ense-

ñanzas en particular; pero no querían tener nada que ver con diplomas y demás; y no siendo miembros de la Sociedad, se apresuraron á repudiarla cuando la vieron en baja. Los que deseen conocer los detalles de lo que tuvo lugar durante la estancia de H. P. Blavatsky en la India, pueden enterarse leyendo lo que sobre el particular han escrito Olcott, Sinnett y otros testigos presenciales.

Por último, la adhesión de los naturales del país, ricos é influyentes, á una fraternidad que confirmaba las verdades que son el fundamento de sus creencias, ya fueran brahmanes ó buddhistas, irritaron á los misioneros hasta tal punto, que parecía que habían llegado á olvidar la caridad cristiana. Vieron claramente que Mad. Blavatsky, bien fuese sincera ó hipócrita, maga ó encantadora, era la fuerza y el alma de la Sociedad Teosófica, y en su consecuencia, dirigieron sus ataques contra ella. Ella no había abrazado abiertamente el Buddhismo, como lo había hecho el Presidente de la Sociedad, pero proclamaba la igualdad y unidad de todos los sistemas religiosos. Por esto mismo era más peligrosa que el Coronel, autor de un catecismo buddhista aprobado por Sumangala, el Sacerdote Superior de Ceilán. Desde aquel momento, por tanto, fué ella el punto de ataque de los enemigos de la Teosofía, y la cabeza de turco de la Sociedad.

Un trabajo de dieciocho horas diarias, los insultos y vejaciones constantes que sufría, y el cansancio mental, unido todo á su enfermedad crónica, agravada por las malas condiciones del clima, la condujeron por fin al borde del sepulcro. Durante los cinco años que H. P. Blavatsky pasó en la India, no tuvo menos de cuatro ataques de su enfermedad, tan graves, que en cada uno de ellos, los mejores doctores de Bombay y de Madras, diagnosticaron que no era posible que viviese; pero siempre recibía alguna ayuda inesperada y rara en ocasiones. Una vez de un doctor natural del país; otra de un yogi brahman ó de un pobre «paria», demacrado por los ayunos y austeridades. Se presentaban sin haber sido llamados, y le ofrecían sus remedios que resultaban eficaces. Luego, á la hora señalada, caía en un sueño profundo, del cual, según los médicos europeos, debía pasar á la agonía; y en lugar de esto, se despertaba después de haber dormido largo tiempo como si nada hubiera tenido. En dos ocasiones, sin embargo, las cosas pasaron de otro modo. Se presentaron visitadores extraños, desconocidos é inesperados que se hicieron cargo de ella, y se la llevaron no se sabe dónde.

Muchas personas atestiguan estos hechos, además de que sus propias

cartas los prueban claramente. Tengo una de ellas delante, desgraciadamente sin fecha, según era su costumbre cuando nos escribía á su tía y á mí. En esta carta nos comunicaba que estaba pasando una gravísima enfermedad; un «chela» (un discípulo de los Maestros y estudiante de las ciencias ocultas) le había traído la orden de uno de los Adeptos de seguirlo, y nos rogaba que no nos inquietásemos por su silencio, que necesariamente se prolongaría, puesto que el lugar en donde tenía que pasar algún tiempo para reponerse, estaba muy lejos de los correos y telégrafos.

Tengo también una carta dirigida desde Meerut, más allá de Allahabad. Esta fué escrita en Mayo de 1881, después de una grave enfermedad sobre la cual nos habían escrito los que se hallaban con H. P. Blavatsky, que nos preparásemos para lo peor. Sus amigos iban á llevarla al campo: se hallaba convaleciente y muy débil aún, cuando recibió la «orden» de dejar los caminos transitados y de internarse en las montañas.

Allí encontraréis ciertos individuos — le dijeron — «que os guiarán á los bosques sagrados de Deobend». Pero á la mitad del camino le sucedió un accidente que la acarreó una recaída en su enfermedad. He aquí unas cuantas líneas de una carta que me escribió tres semanas después:

«Perdí el conocimiento, y no conservo recuerdo alguno de los hechos ni de los sitios; todo lo que sé, es que fuí llevada en un palanquín, en el que iba acostada, á una gran altura. A la tarde siguiente volví en mí, así me lo dijeron, pero sólo por un corto momento. Me encontré acostada en una habitación espaciosa, tallada en roca dura y completamente vacía, á excepción de algunas estatuas de Buddha y de unos braseros encendidos que ardían alrededor de mi cama, en que había vasos de los que se desprendian vapores de olor agradable. Un anciano completamente blanco se inclinaba sobre mí, dándome pases magnéticos que sumían mi cuerpo en un bienestar indescriptible. Apenas tuve tiempo de reconocer á Delo Durgaï, el anciano Lama del Tibet, á quien había encontrado en el camino unos días antes, y que me había dicho que nos volveríamos á ver pronto.»

Esto aludía á su carta anterior en que hablaba de este encuentro.

Luego que reconoció al Lama tibetano, mi hermana cayó nuevamente en uno de sus extraños sueños, y no volvió á recobrar el conocimiento hasta que de nuevo se encontró al pie de la montaña, en el pueblo en que sus amigos europeos la esperaban.

Nunca fué permitido á sus amigos ingleses, ni aun siquiera á los naturales, que la siguiesen en estas expediciones misteriosas, en que se

suponía que iba á ver á sus Maestros; á pesar de esta convicción abrigada por los que la rodeaban, nunca nos escribió que los visitase; sin embargo, he encontrado una de sus primeras cartas (escrita en 1879), en la que relata la participación del Mahâtmâ Morya en uno de sus viajes con el Coronel Olcott entre las bóvedas y ruinas de antiguos templos, que es de gran interés.

En la primavera de 1881, H. P. Blavatsky cayó gravemente enferma al recibir las fatales noticias de lo que había sucedido en Rusia el 13 de Marzo de aquel año.

«¡Dios de bondad, qué sangrientos horrores!»—nos escribió.—«¿Van á venir los últimos días de Rusia... ó es que el mismo Satán ha encarnado en sus hijos, en el miserable aborto de mi pobre país? Después de este crimen sin precedente, ¿que va á suceder? ¿Dónde están los rusos de los tiempos pasados? ¿Adónde va á parar mi Rusia querida? Sí, yo soy una renegada; sí, soy una buddhista, una atea, una republicana, según vosotros, ¡pero me siento desgraciada, profundamente desgraciada por esta monstruosidad! ¡Oh, cómo los compadezco á todos; á nuestro Czar martirizado, á su desgraciada familia, á toda Rusia!

»Malditos sean esos monstruos, esos nihilistas, esos necios temerarios.

»Cómo os reiréis de mí, la ciudadana republicana, el *esprit fort* que se había libertado de las preocupaciones de su país; pero en este momento de profundo estupor, siento una vergüenza tan intensa por mis compatriotas, una lástima tan profunda por la víctima de sus crueles locuras, una desesperación tan grande, que desafío al servidor más fiel de nuestros Czares, que jamás haya abandonado su país natal, á que pruebe que sufre más que yo.»

Y lo probó cayendo mala.

Su periódico, *The Theosophist*, apareció enlutado. Esta era una bondadosa atención de parte del Presidente de la Sociedad Teosófica, pues ella por sí no estaba en situación de pensar en tales cosas. Apenas se reaccionó de su primer estupor, se puso á escribir un hermoso artículo para *The Pioneer*, en el que refería todos los actos de bravura, bondadosos y humanitarios, ejecutados por Alejandro II, y sintió gran placer cuando toda la prensa anglo india se hizo eco de lo que decía. Contestando á ciertas malévolas observaciones de dos órganos clericales que aludían á la «ciudadana americana y á su periódico enlutado por la muerte de un autócrata», H. P. Blavatsky dirigió una respuesta colectiva al *Bombay Gazette*, de donde la reprodujeron otros periódicos.

«Mis buenos amigos cometen un error» — escribió; — «no ha sido como súbdita del 'Czar de todas las Rusias' como me he vestido de luto, sino como rusa de nacimiento, como una unidad entre los millones de mis compatriotas, á quienes este hombre bueno y misericordioso ha cubierto de beneficios, y á quienes ha dejado sumidos en profundo duelo. Hago esto por mi deseo de atestiguar mi simpatía, mi respeto y mi sincero dolor por la muerte del Czar de mis parientes, de mis hermanos y hermanas de Rusia, que siempre me serán queridos hasta mi úlimo aliento!»

En el invierno de 1881-82, la comunidad teosófica transportó sus reales de Bombay á Adyar, á una propiedad cerca de la ciudad de Madras, comprada con las dádivas de todos los miembros de la Sociedad que deseaban dotar á los fundadores y á su estado mayor de una casa propia permanente. Allí vive el Presidente aun hoy día, y allí fué también donde Mad. Blavatsky pasó los dos últimos años que vivió en la India, y donde se celebró en aquel mismo año, con especial solemnidad, el primer septenario de la fundación de la Sociedad. Digo «especial solemnidad», porque el número siete es muy importante en las creencias teosóficas, y como estos aniversarios son numerosos en Adyar, en Nueva York y en Londres, los que contienen este número son doblemente señalados.

Durante los frecuentes viajes del Coronel Olcott y de Mad. Blavatsky, eran recibidos siempre con gran pompa por los naturales del país por donde transitaban; pues todos los indios les eran adictos, tanto porque sus traducciones de los libros sanskritos de la antigua literatura aria habían contribuído mucho á su popularidad, cuanto por los esfuerzos que habían hecho para suprimir las barreras entre las castas, y también por lo que habían llevado á cabo con objeto de modificar el desprecio injusto con que los anglo indios trataban á los naturales, hasta á los brahmanes instruídos. En esta obra, según la opinión de los naturales, la Sociedad había alcanzado un éxito considerable. Sin embargo, en ninguna parte eran los teosofistas tan festejados como en Ceilán. Cada vez que pisaban aquel suelo, el pueblo buddhista estaba de fiesta, y conducido por sus sacerdotes, organizaba recibimientos triunfales.

En interés de los singaleses, ideó el Presidente un viaje á Europa y especialmente á Londres, para hacer al Parlamento una petición en su favor.

Hacia fines de 1883, se encontró H. P. Blavatsky bastante mejor de salud, gracias á la bondad del clima y á la circunstancia de tener una buena casa en que vivir. Sin embargo, su salud dejaba mucho que desear,

y todos sus médicos convinieron en que un cambio temporal le haría mucho bien. Por tanto, se decidió que acompañaría al Presidente, y desde entonces empezó Elena á acariciar el proyecto de volver á ver á sus parientes. Inmediatamente nos escribió; y luego, en el mes de Diciembre, partieron de Bombay.

Antes de dejar la costa de la India, tuvo mi hermana tres visiones consecutivas que le indicaron la muerte de su tío, el general Rostilav Fadéew, que murió en aquella misma época en Odesa.

Como sabíamos que estaba próxima á partir, y estábamos además trastornadas por la desgracia aludida, tanto su tía como yo descuidamos el participarle lo que había sucedido. Desconocía, pues, la enfermedad de su tío, cuando él mismo fué á decirle que sus penas habían terminado.

Las dos ó tres cartas de Mad. Blavatsky fechadas á principios de Enero de 1884 (el general Tadéew murió el 29 de Diciembre), prueban de una manera concluyente la verdad de éstas visiones, al paso que las palabras desde más allá de la tumba, que oyó pronunciar á este hombre, que era estimado y considerado por todos los que le conocieron, tuvieron para ella una significación singular.

Ella tenía una fe implícita en la verdad é importancia de las visiones de esta naturaleza, no provocadas sino procediendo de la iniciativa del que había muerto. Toda su vida las había experimentado, y casi todos los miembros de nuestra familia tenían el mismo privilegio.

VERA PETROVNA JELIHOVSKY.

(Se continuará.)

Traducido del *Lucifer*, que á su vez lo ha traducido con la debida autorización de la *Nouvelle Revue*.



DEDICADO Á LOS POCOS

DESPERTAD

La gran verdad que muy pocos entienden, y que muy pocos quieren ó pueden comprender, es que la Sabiduría Divina no consiste en aceptar una opinión fundada en el crédito y la respetabilidad que nos merezca alguna persona, sino en la convicción propia. Nadie puede ser «convertido» á la Teosofía, si de antemano no es teosofista en su corazón;

nadie es teosofista por creer ciegamente lo que H. P. Blavatsky ó cualquiera otra autoridad diga, ni tampoco lo es aquel cuyas opiniones están basadas en pruebas del momento, en apariencias externas ó en deducciones y razonamientos lógicos. Sólo es teosofista aquel en quien la verdad sea un poder vivo consciente, aquel que no tenga necesidad de hacer deducciones, porque ve y siente la verdad misma, como parte esencial de su propia naturaleza.

La Teosofía no es una teoría, sino un poder viviente; y la «instrucción oculta» no depende de un lenguaje elevado, ni de discursos elocuentes, ni de la efusión que brota, ni de la relación de historias maravillosas, sino del desenvolvimiento y crecimiento espiritual, de la expansión del corazón y de la mente, del despertar en un estado superior de existencia, de penetrarse de la unidad de todo y de la realización práctica de la fraternidad y armonía universales.

La verdad es evidente por sí misma para el que se penetra de ella; y el que así la comprenda, no necesita ninguna otra prueba de su existencia. Para conocer la verdad, hay que adquirir la conciencia de ella; de otro modo, no habrá teorías ni opiniones capaces de constituir para nosotros un conocimiento efectivo de la verdad. A menos que nuestra alma se llegue á penetrar de su propia sabiduría divina, todas nuestras especulaciones acerca de la naturaleza de los misterios divinos, serán tan inútiles como la descripción de un paraíso en la luna.

¿Qué debemos hacer para penetrar en ese estado superior de conciencia? La contestación abarca la suma y la substancia de todas las religiones y enseñanzas teosóficas; es una ciencia para cuya adquisición se requieren largos períodos de instrucción y de experiencia, durante muchas encarnaciones. Sin embargo, la respuesta puede darse en pocas palabras: «Para penetrar en un nuevo estado de conciencia, tenemos que abandonar el antiguo; para penetrar en el estado de vigilia, debemos cesar de dormir. Esto, seguramente, no puede hacerlo ninguno por su propio poder, como ningún cadáver puede darse la vida á sí mismo, ni un cuerpo inconsciente hacerse consciente. Sólo puede hacerse por el poder del Maestro, el Yo Superior, que mora dentro y fuera de nuestro yo terrestre, y cuya conciencia y estado de existencia es de una clase completamente distinta de aquélla de la personalidad mortal en que mora y á que da sombra. Este, nuestro propio dios, es el Maestro; y si no podemos penetrar en la esfera de su conciencia, que es nuestra propia conciencia superior; si no podemos penetrar en su reino de los cielos, que es nuestra re-

gión superior de sentimiento y pensamiento, toda nuestra sabiduría «teosófica», y nuestras especulaciones filosóficas, aun cuando sepamos de memoria *La Doctrina Secreta*, en su totalidad, nos darán el mismo resultado que trillar paja sin grano.

¿Cómo podremos conocer al Maestro y penetrar en su esfera de conciencia? No hay más camino que pasar la puerta del Amor. El Amor es el poder que enlaza, no sólo á los mundos, sino también al Maestro con el discípulo. Si deseamos que el Maestro nos sea propicio, tenemos que amarle desinteresadamente; amándole, aprendemos á conocerle; pues el amor divino es el principio de la sabiduría divina.

El amor atrae, la duda repele. Si amamos al Maestro, le atraemos hacia nosotros, á pesar de nuestra imperfección personal, mientras que el hombre más moral, más piadoso y más virtuoso que no ame al Maestro, no será atraído hacia él. La ley superior no es una moralidad egoísta ó una bondad aparente, sino *Amor* desinteresado. El amor á Dios (1), la comprensión de la armonía divina, es el principio del verdadero conocimiento; pues á medida que el discípulo avanza en amor á la sabiduría divina, se aproxima al Maestro. La imagen del Maestro se convertirá en una realidad viviente en el alma del discípulo; el poder y la conciencia del Maestro, se convertirá en el poder y la conciencia del discípulo, y el Maestro se identificará con él. En tales momentos de identificación, el discípulo es el Maestro mismo, y lo que el discípulo haga, es hecho por el Maestro.

Lo dicho acerca de la instrucción recibida del Maestro, el Yo Superior divino, cuya voz no pueden oir todos, es también verdad respecto de las instrucciones que vienen, de la influencia que emana, de las grandes almas de aquellos que se hallan despiertos é iluminados espiritualmente, y á quienes llamamos los «Maestros» ó los Adeptos. El «Chela» que ama desinteresadamente á su maestro, se identifica finalmente con él; participa de su conciencia, de sus percepciones, de sus pensamientos y conocimien-

(1) El amor divino, el amor á Dios, el amor al Maestro, de que aquí se trata, no es el amor hacia un Ser determinado; no es el amor místico de las religiones positivas. Es el impulso irresistible, impremeditado hacia Lo DIVINO. No se exterioriza en palabras, ni tan siquiera en pensamientos, porque es una abstracción; su única exteriorización posible consiste en el sentimiento impersonal. El amor á Lo Divino es el amor á todos los seres y á todas las cosas en su esencia; es dejar de sentir el yo personal para sentir el Yo Universal; es pensar y actuar no como personalidad propia separada, sino como si nuestro yo consistiera en todos los seres y todas las cosas del Universo; esta es la adquisición plena del amor divino. El primer paso hacia él, es la indiferencia por todo lo mundano, y la atracción hacia todo lo transcendental; luego viene el ejercicio de la indiferencia é insensibilidad por todo lo que nos concierne particular y personalmente, el desarrollo de la voluntad, el dominio de todas las pasiones, el dominio de la mente, el poder de abstraerse, perdiendo la conciencia del yo personal; la práctica de todo esto, llevada á un punto culminante, concede la comunicación con el Maestro, el Yo Divino Interno, y por tanto, la *Verdadera Sabiduría* ó Sabiduría Divina, y los poderes inherentes á ella en el grado alcanzado. — (*N. del T.*)

tos, aun cuando el cuerpo físico del maestro esté á miles de leguas de distancia, y aun cuando no lo haya jamás visto en su forma física. Ni tampoco elige el maestro á sus discípulos con arreglo á su respetabilidad mundana y á su erudición, sino sólo por su amor desinteresado, que es en sí mismo el lazo indispensable de armonía que une al maestro con el discípulo.

Muchos pretenden que andan buscando al Maestro, mientras que, en realidad, no le buscán á *él*, sino tan sólo los beneficios que de él esperan. Nunca piensan, ni por un momento, en identificarse con él en amor divino y en el conocimiento de sí mismo; dudan de él, y conservando cerrados los ojos á su luz, piden pruebas externas de la existencia de esta luz. Se figuran que ellos mismos son Adeptos, y discuten las enseñanzas del maestro, si no están de acuerdo con sus mezquinos prejuicios y opiniones favoritas. Llegan hasta preguntar qué derecho tiene el maestro para enseñar, y á pedir que se les muestren los certificados que prueben que sea una autoridad en la cual puedan creer ciegamente. No tienen amor ni conocimiento verdadero; sólo desean entretenerse y satisfacer su curiosidad científica; y como el amor divino es la única llave que abre la puerta de la comprensión de la verdad divina, la puerta del santuario permanece eternamente cerrada para ellos. La ciencia santa no puede ser enseñada á los impíos, y nadie es santo cuando no practica la abnegación, y no se halla en posesión del amor.

La verdad no se funda en pruebas, existe por sí misma; entenderla es reconocerla, sin necesidad de más confirmación; la comprensión no depende de pruebas, y la prueba no es posible sin el entendimiento verdadero. Este es conocimiento real, es el amor verdadero mismo; porque el amor verdadero iluminado por la sabiduría, es el reconocimiento del verdadero Yo.

Muchos son los llamados, pero pocos los elegidos. Los pocos elegidos son aquellos que han conseguido dominar sus prejuicios y supersticiones, y los argumentos de sus cerebros animales por el poder del reconocimiento de la verdad, los que no aceptan ciega y neciamente una doctrina, sólo porque provenga de una persona de supuesta autoridad, ni rechazan estúpidamente todo lo que se halla más allá del estrecho horizonte de su entendimiento. Los elegidos son aquellos que poseen el entendimiento espiritual que nadie puede conferir, sino que procede del reconocimiento espiritual de la ley divina, la cual es amor divino; los que desean conocer al Maestro y amarle, no como se ama á una vaca por la leche y manteca

que proporciona, sino como se ama á un padre y á una madre, ó á la parte inmortal de uno mismo. Para el discípulo verdadero, el Maestro *es* su padre y su madre, que le alimenta con su propio espíritu, que le ilumina con su propia luz, que le nutre con la substancia de su propia alma, que entra en *comunicación* con él, que le comunica su propia naturaleza y vida.

Donde hay amor, hay confianza; el que duda del Maestro, será puesto en duda por éste; pero al que ame al Maestro como su propio Yo Superior, y prueba su amor con sus méritos, el Maestro se le entregará con todos sus poderes. Por esto se cree que el amor es el más grande de los mandamientos. El Apóstol Pablo dice: «Aunque tenga el dón de profecía y entienda todos los misterios, y aunque tenga tanta fe, que pueda mover montañas, si no tengo caridad (amor divino) no soy nada.»

Que alguien haya llegado á la posesión del amor divino y alcanzado en algún momento la unidad con el Maestro, es asunto que no puede afirmarse ni negarse por ningún testimonio externo; sólo puede saberlo el discípulo fiel y aquel que dice por boca de la sabiduría: «Levántate y abrázame con todo tu ser, y te mostraré cosas maravillosas.»

Franz HARTTMANN. M. D.

Hallein (Austria), Abril 17-95.

LA CARIDAD

Conferencia leída en la Rama Argentina «Luz» el 21 de Mayo de 1895.

Queridos hermanos:

La *caridad* es el camino más corto entre el hombre y Dios, pero sólo está abierto para el bueno, es decir, para el que ha sufrido.

Esto, que á primera vista parecerá una paradoja, no es, sin embargo, sino la más exacta expresión de la verdad. En efecto, ¿cuál es la condición principal requerida para que la caridad pueda ser considerada como tal? *La ausencia absoluta del egoísmo.*

El hombre que ejecuta un acto de beneficencia cualquiera, teniendo en vista una recompensa más ó menos real ó imaginaria, más ó menos cercana ó remota — aun cuando sea simplemente la de la gratitud que

obliga en lo futuro los servicios del auxiliado — no profesa la caridad, sino realiza un negocio, todo lo problemático y extraño que se quiera, pero negocio al fin, desde que lleva en sí envuelta la esperanza de un provecho personal. La sola ostentación es bastante para quitar el carácter de virtud á la acción bienhechora, y por ello Jesús, entre las perlas que arrojaba al mundo en la forma de sencillos consejos, decía: «Que vuestra mano izquierda ignore la limosna que da vuestra derecha.»

¿Quién, dadas estas condiciones, puede encontrarse en situación de emprender aquel camino? No es el egoísta, como acabamos de ver, y menos, por consiguiente, el hombre de malos instintos ó de bajos sentimientos; pues así como el campo inculto y abandonado no produce hermosas flores ni exquisitos frutos, así tampoco germinan las virtudes en el ser que ha retardado su evolución.

La caridad jamás puede ser la obra de una idea. Como todas las virtudes, tiene sus raíces en el sentimiento, y por eso el deseo de realizar el bien por el bien mismo, únicamente nace en aquellos que han alcanzado un distinguido grado de progreso espiritual; aquellos á los cuales el mundo llama «hombres buenos», y que no son, en verdad, sino seres que han sufrido, y que al regar con sus propias lágrimas el sendero de la vida, llevaron siempre sus penas resignados, teniendo la fe por guía, y por horizonte la esperanza.

El que conozca y se dé bien cuenta de la ley de la reencarnación, lógica y sabia hasta en sus mínimos detalles, puede, sin esfuerzo, encontrar en el íntimo pasado de la humanidad, la filiación de aquella virtud. Allá, entre el antiguo sufrimiento — olvidado, pero siempre presente por el fecundo sedimento que nos deja — se siente amasar su levadura; la que será tanto más suave y delicada, cuanto más largo haya sido el tiempo transcurrido en la labor, y más ruda la fatiga.

La caridad no es, en realidad, sino la compasión en ejercicio; pero, ¿qué es la compasión sino el dolor pasado, transformado por la experiencia en amor hacia al dolor ajeno?

Las amarguras experimentadas en una existencia cualquiera, desaparecen con la causa que les da vida, y nunca duran más allá de la muerte; pero, á semejanza de las olas que invaden la playa, han dejado al retirarse un depósito de limo que será fuente imperecedera de progreso para el espíritu. Ese depósito se manifiesta en una nueva vida en la forma de impulsos hacia el bien: de aquí, la compasión; de aquí, el sentimiento de justicia; de aquí, el amor.

Sin la existencia de esa ley de la reencarnación, ¿cómo se podría explicar el secreto que mueve á esos seres extraordinarios, excepcionales, con los que algunas veces nos codeamos en el mundo, que arrastrados por una fuerza irresistible de que no siempre pueden darse cuenta, sólo se complacen en derramar sobre sus semejantes los sublimes dones de la caridad, mientras á su alrededor, impávidos, se hierguen la indiferencia y el egoísmo? ¿Cómo, sin el auxilio de aquélla, se podría iluminar ese obscuro problema que está siempre ante nosotros, y que la ley de la herencia no ha sabido descifrar, el de las desigualdades morales entre los hombres? Y á fin de poner bien de relieve estas diferencias, tomemos, en la inmensa escala que nos presenta el ser humano, dos ejemplares opuestos, que son perfectamente típicos en su clase, y de los cuales, uno por lo menos, ha dado ya muchas veces tema al literato y al filósofo para interesantes estudios: es la *Hermana de la Caridad.*

Miradla en acción en el campo de batalla. Envuelta por el humo del combate, su modesta figura se destaca entre el grupo de los guerreros, ofreciendo con su actitud al lado de éstos, uno de los tantos contrastes singulares de la vida. Entregada á su obra bienhechora, ni el cansancio llega á entorpecer sus miembros, ni el temor á la muerte, que desprecia, á detener su paso; y siempre serena y melancólica ante el cuadro que la rodea, vésela inclinarse á cada instante sobre el caído, al que lava cuidadosa sus heridas, mientras trata con su más sentido acento de infundirle la esperanza ó el consuelo.

Allá, junto al lecho del apestado; allá, donde hay una miseria que atender, donde hay una lágrima que enjugar; allá, como celeste mensajero, pródiga derrama su tesoro.

¿Qué buscan en esos teatros por lo común tan poco en armonía con los sentimientos rímidos y delicados de la mujer? ¿Qué la impulsa á abandonar la existencia apacible del hogar y á exponerse á las injurias de la muerte ó de los hombres? Célibe siempre, no es el amor maternal, como no lo es tampoco la ambición de la fortuna ó de la gloria: humilde y oculta bajo otro nombre que el propio, sabe además que el recuerdo de su acción y de sus beneficios, durará poco más que la blanca estela que tras sus pasos queda.

Ahora, considerad enfrente de este tipo que sin pretenderlo atrae el respeto y la admiración de todos, á aquel otro que se esconde detrás de los sombríos muros de un convento. Es también una mujer.

Falta de valor para continuar sufriendo ó para desafiar los futuros

embates de la vida, ó sólo impulsada por el egoísta sentimiento de su propio progreso espiritual, miró impasible correr las lágrimas de los seres á quienes abandonaba para penetrar en el templo, tal vez dejando en el mundo ancianos padres, de quienes era la única alegría y á los que pagaba con negra ingratitud sus cariñosos desvelos. Indiferente á todo cuanto la rodea, se oculta en su impenetrable retiro, donde no llegan los ecos de la desgracia, y con sus plegarias y con sus vigilias — estériles como su vida, desde que tienen origen en su sentimiento bastardo, el del temor á Dios — cree, insensata, conquistar el cielo donde sólo se reunen las almas de los que saben sufrir y saben amar.

¿Qué configuración especial del cerebro podría dar lugar á la formación de estos dos tipos, tan diversos por el sentimiento que mueve todos sus actos, y sin embargo, tan confundidos generalmente en una misma idea por la masa de la Sociedad? Mientras el uno se siente poderosamente impelido á la abnegación completa de sí mismo en beneficio de los demás, el otro se aleja temeroso de la arena donde luchan sus hermanos, y empujado por el egoísmo, pasión que engendra á los cobardes, busca en la soledad del claustro seguro amparo contra el enemigo, y plácido y eterno bienestar para lo futuro.

No es en el cerebro — simple placa sensible en que se graban las ideas — donde debemos buscar la solución del enigma. Ello equivaldría á pretender encontrar el secreto del genio, ó de la falta de inspiración del artista en el lienzo que su mano transforma.

Si allá tuviéramos que ir en demanda de la misteriosa razón, deberíamos empezar por aceptar que ese pretendido autor de todas aquellas conquistas de que está tan orgulloso el hombre, en muy contados casos, presenta sus funciones regulares, desde que el desequilibrio entre la inteligencia y el sentimiento es cosa vulgar, por lo común, en el mundo. No tenemos más que dirigir una mirada á nuestro alrededor, para ver á cada paso multitud de seres, con los cuales la Naturaleza, al par que fué avara al dotarlos de inteligencia, se mostró pródiga de buenos y nobles sentimientos; y, en cambio, ¿cuántos son los hombres que han descollado en la humanidad por la potencia de su intelectualidad que puedan mostrarnos el fenómeno de una igual elevación moral?

El cerebro realiza en nuestra personalidad una función puramente mecánica. Él no es sino el instrumento indispensable para las manifestaciones intelectuales del espíritu. Las ideas y los sentimientos nacen y se desarrollan en el alma; y si de alguna comparación es aquel órgano sus-

ceptible, diríamos que es un fonógrafo que tiene por tarea imprimir, transmitir y conservar nuestras sensaciones y pensamientos. El raciocinio y el juicio, funciones exclusivamente psíquicas, serán, pues, tanto más perfectas, cuanto más delicado y bien construído sea el aparato de que tenemos que valernos.

Pero con el sentimiento no ocurre lo que pasa con la inteligencia, que necesita de un órgano especial para mostrarse; y en prueba de ello, suponed, por un instante, el cerebro poderoso de Newton, debilitado por los excesos físicos ó intelectuales del individuo. Como consecuencia, el genio revelado por éste habrá desaparecido; mas los sentimientos que abrigó durante su vida, permanecerán manifestándose en él con todo el vigor, con toda la intensidad de los mejores días, y al bajar á la tumba, caerá con sus órganos lesionados, pero conservando por los seres que le fueron queridos, el mismo amor de que les diera siempre pruebas.

Hay una creencia muy general, vulgar diré, que hace residir el sentimiento en el corazón, tal vez porque este importante órgano de la circulación, por una simple y natural razón que la fisiología explica, es el que más fácilmente se daña con los padecimientos morales del hombre. Preguntad, sin embargo, á cualquiera de aquellas personas que, por su desdicha, lo tienen atacado por una aneurisma ó una hipertrofia, si desde que experimenta los efectos de la enfermedad ha notado menos cariño hacia los suyos; si su compasión por el que sufre es menos viva, ó su caridad para el desvalido más escasa. . .

No; dejemos al organismo humano, máquina al fin, desempeñar ciegamente las funciones que como á tal le corresponden. No es en sus diferentes piezas, sino en el fuego que en su hogar está encendido, donde se encuentra el secreto que al hombre mueve.

No es tampoco la teoría impropiamente llamada *católica*, la que podrá jamás satisfacer la ansiosa pregunta. Débil, como todo aquello que tiene al absurdo por base, la iglesia rehuye la discusión escudándose para ello con el dogma, sin comprender que al espíritu moderno, que todo lo indaga é investiga, ya no asustan, como al niño, los fantasmas; y que en su aspiración hacia la luz, no son diques que puedan contenerlo los truenos y anatemas de los púlpitos. Rechazada por la razón y por el sentimiento, que protesta de ella, la mantienen todavía en pie el indiferentismo, la ignorancia y la vanidad que sus sostenedores se cuidan de exaltar. Pero, á pesar de todo, examinemos sus enseñanzas, que no son, por cierto, las que fluyen de la inspirada palabra de Jesús.

El hombre, creado por un acto de la voluntad divina, es enviado á la tierra por *primera y última vez.* A ella llega con los ojos vendados, aunque dotado de una cantidad más ó menos grande de voluntad, de inteligencia y de sentimiento, que varía en cada individuo, y que cada cual debe desarrollar durante su paso por el planeta. Concluído el término de vida que el hombre tiene marcado y que por sus imprudencias puede acortar, y llamados éstos á dar cuenta de sus actos ante el Supremo Tribunal, son unos condenados á un suplicio *eterno* por gravísimas faltas á su deber, otros á una temporada prudencial de sufrimientos, por no haber sido suficientemente buenos, yendo los demás á ser recompensados con goces intensos é infinitos, porque, comprendiendo su misión, practicaron sólo el bien. Es decir, Dios, fuente de toda bondad, esencia de toda justicia, fabrica á su capricho seres dotados de condiciones desiguales, y en seguida castiga con torturas sin fin á los que *Él mismo* desheredó, negándoles las cualidades necesarias para que pudieran ser buenos, mientras que, al mismo tiempo, recompensa á los que, favorecidos con esas cualidades, hicieron la natural aplicación de ellas. O en términos más claros: un individuo nace de pobre y humilde cuna, contrahecho, con malos instintos y escasa inteligencia; ¿por qué? Porque así lo dispone su Creador.

Crece y se desarrolla en la miseria y en la ignorancia. Es la burla de los unos, la bestia de los otros. El ejemplo, los sufrimientos y sus propios instintos lo conducen al vicio. Convertido en un criminal empedernido, se embriaga, roba, asesina, es expulsado de la sociedad y encerrado en una cárcel; muere, en fin, y su alma va al Infierno á pagar por una *eternidad* faltas de que, en realidad, no es culpable. Pero, otro hombre, en cambio, nace en la opulencia; rico en inteligencia, bondadoso y caritativo. No hay dolor que no esté dispuesto á sofocar. Vive feliz en medio de los alhagos de la fortuna, del amor de los suyos, de la consideración de los extraños y de la tranquilidad de su conciencia. Su nombre es querido y venerado por los pobres, por los afligidos; y al morir, el cielo le abre de par en par sus puertas.

¡He aquí una teoría que sería repugnante, si no fuese ridícula! Y quien rebaja á tan ínfimo nivel la más alta y la más pura concepción del sentimiento humano, ¿podrá acaso demostrar de alguna manera la grandeza y la perfecta justicia que en su aparente desigualdad encierran las obras de Dios? El gato, recreándose con el martirio que al ratón impone antes de ahogarlo entre sus garras, ¡aparece allí como una imagen pálida

y desvanecida de aquel de quien emana el amor, causa originaria de toda existencia!

Esta teoría, como el negativo fotográfico, no puede recibir la luz; y de aquí eso que la Iglesia, apoderándose para defenderla, del dogma de que hace artículo de fe, aparece intransigente, cuando en realidad, sólo está convencida de la mala calidad de sus armas.

El malo y el bueno, como el egoísta y el generoso, no son creaciones *especiales* de Dios, á quien por otra parte no se le puede, sin blasfemar, representar entreteniendo sus ocios en hacer mundos, hombres, animales y cosas, para ocuparse después del modo como ellos se desenvuelven y proceden. Aquellas desigualdades no son sino diferencias del momento, y no marcan otra cosa que diversas etapas del camino. El bueno fué también malo, como fué egoísta el generoso, de la misma manera que el sabio fué primero ignorante, y el adulto niño; y á su vez, siguiendo el orden natural y lógico del progreso que á todos alcanza, llegará para el malo el día en que sea bendecido por sus semejantes por las virtudes de que estará adornado. Es que el hombre no realiza su evolución en una vida que es un soplo ante la eternidad que lo rodea; ni su misión, grandiosa puesto que es divina, puede desenvolverse en las breves horas que transcurren desde el nacimiento á la tumba.

La ley de la reencarnación, pues, al dar la clave del misterio, hace resaltar ante la conciencia oprimida por la duda, la eterna justicia que preside la distribución de la felicidad y del infortunio sobre la tierra.

Ante ella, la *Hermana de la Caridad* y la *Monja* no representan otra cosa que dos épocas distintas de la vida espiritual; aquélla es el ser que viene ya con un caudal inmenso de experiencia, adquirido poco á poco en existencias anteriores á su propia costa, y después de largas vicisitudes y dolores; la otra, es el joven que todavía no se ha dado una exacta cuenta de la vida, porque no ha aprendido lo bastante á sufrir, y que rodeado de las ilusiones que él mismo se forja, cree que su bienestar estribará siempre en la satisfacción de sus egoístas aspiraciones.

Como se ve, no hay necesidad de atribuir imperfecciones á lo que es perfecto. Dios es la suprema justicia, porque es la suprema sabiduría, y en Él no cabe, por consiguiente, la creación de desigualdades monstruosas. Comparar un ser de instintos bajos y brutales con otro de sentimientos puros, y sin más elementos que los que se desprenden inmediatamente de su confrontación, pretender luego encontrar la razón de su existencia, es simplemente insensato; como lo sería el querer sacar consecuencias

de los actos del pequeñuelo y del hombre, sin tener en consideración para ello el único factor que nos puede dar la clave: la diferencia de edad que los separa y que se traduce en diferencia de fuerza, de saber y de experiencia.

No despreciés al egoísta, no os alejéis nunca, por repugnancia, del malvado. Ellos no son culpables de ser jóvenes, de ser inexpertos, y necesitan por esto más que otros del auxilio de sus hermanos mayores. Así como tomáis de la mano al niño para hacerle cómoda la marcha, tendédsela también con simpatía, ayudándolos de esa manera á recorrer más pronto el fatigoso camino que, por vuestro bien, el tiempo os hizo conocer. La caridad que únicamente se hace al bueno, no tiene los caracteres de la perfecta virtud; pues demuestra ser sólo la obra de una idea, aunque elevada y digna de aprecio, y no de un espontáneo sentimiento que, por lo mismo, no tiene favoritos ni procura elegir sus protegidos. Ella debe ser como la lluvia que, si bien se derrama muchas veces en fértiles terrenos — y aun se pierde en la extensión inmensa de los mares — no deja por eso de llevar á los desiertos su fecundante y bienhechora acción. Cuanto más raquítica es la planta, más necesita del calor y la humedad; elementos que representan en el orden físico las dos grandes fuerzas que conducen al hombre á la cima del progreso: el amor y la caridad.

Uno de los efectos de esta virtud, es, además, el de disminuir para lo futuro los padecimientos del ser que la ejercita; divino premio inscrito en la ley eterna de Justicia. Una lágrima enjugada en el ojo del que sufre, será una lágrima menos en el propio. Así el hombre, único autor de los males que lo afligen, tiene, en el propio sentimiento de compasión, producto de los sufrimientos pasados, el seguro medio de salvar nuevos escollos para llegar radiante, alguna vez, á la playa ambicionada.

Vehículo del amor, la caridad tiende á disminuir las distancias que mantienen alejados á los hombres, los que algún día, fundidos por su intermedio en un mismo sentimiento y en una común aspiración, realizaron así la pérdida sublime de Buddha y de Jesús. No más dolor, entonces; no más caridad. El sentimiento de la fraternidad, vibrando al unísono en todos los corazones con la muerte del egoísmo, habrá desterrado para siempre al sufrimiento; y el ser humano, convertido por fin en Dios, podrá contemplar recién cumplida su laboriosa misión.

Alejandro SORONDO.

MASONERÍA

(*SU SENTIDO OCULTO*) (1)

(CONTINUACIÓN)

IV

Pregunta al extraño cuál es el camino terreno que tú buscas, pero pide á tu *Yo Superior* la luz que ha de iluminarte. Sólo en tus propias intuiciones hallarás las pruebas que me pides (De los *Enseñadores.*)

Mis palabras, cual eco que repercute por todos los ámbitos, llegarán hasta vosotros, mis queridos hh. ∴ Del Teléfono general que parte del infinito fueron recibidas. En vuestro amor las deposito para que las estudiéis como yo hice.

Cerrad vuestros ojos y vuestros oídos y sellad vuestros labios para que no podáis divulgar lo que hayáis comprendido después de la lectura de las páginas que os ofrezco. Que oídos profanos no os oigan; que vista profana no os vea; que labios profanos no puedan repetir nuestras palabras misteriosas. Negádselo, sí, á un profano, mas á uno de los *nuestros* no lo hagáis, no lo excluyáis siquiera con el pensamiento, porque ¡ay! excluídos seréis de ocupar asiento bajo la inmensa bóveda tachonada de estrellas que cubre la Log. ∴ «El Firmamento», es decir, el espacio. No lo hagáis, no, porque cuando seáis iniciados en esa inmensa Logia, nuestro Maestro no os dará la mano por tercera vez para levantaros, y sólo lo hará dos veces y dejará que vosotros os levantéis por vuestros propios esfuerzos.

Si habéis visto la verdadera luz, vuestra mente no vacilará. Si tan sólo la hubieseis vislumbrado, tropezaréis con frecuencia. Si eres profano, pero de espíritu hambriento, haz que se rompan por medio de la concentración

(1) Erratas del capítulo II. — En la primera línea, donde dice «Masonería Vajasa», debe decir Vyasa (revelador).

En la línea 47, donde dice «pone», debe decir «ponen», pues son los soldados de su padre quienes, al encontrarle enredado en el arbol por sus largos cabellos, allí le dieron la muerte. Por último, en la nota al fin del capítulo, donde dice el Rito de lo invisible, debe decir de la.

de la energía espiritual los lazos que te mantienen sujeto, desoyendo los *razonamientos* y gemidos del habitante del umbral.

No desconozco que mis excitaciones han de atraerme las punzadoras púas con que hieren la perfidia y la ignorancia, como tampoco el que la tierra es estéril para que arraigue en ella la delicada semilla del amor.

«Cual rayo de luz que cruza rápido del Oriente al Occidente, así será la que percibáis.»

Cuidad que no seáis *vosotros* las punzadoras púas que herirme han en el camino; *el único que entre nosotros es,* por mi palabra os habla, y esas espinas á su tiempo se convertirán en hermosas rosas que alfombrarán mi camino, y que á manera de musgo de variados colores y de vaporosa esencia, impedirán que mis pies se hallen heridos, prefiriendo en su inmenso amor ser ellas las víctimas, como yo lo fuí de ellas en su tiempo, es decir, cuando éramos iguales. Me darán su esencia, para que mejor me expliquen el amor; es decir, que se percibe pero no se ve. Me rodearán de variados matices para que comprenda la *luz,* que sin su concurso no podría extasiarme en tan grata contemplación. Me ofrecerán su blandura y frescor, para que comprenda el amor que existe en ellas hacia mí, y para recompensarme de los múltiples dolores.

Ni una queja, ni un suspiro debe escaparse de mis labios, porque ¡ay! ese suspiro y esa queja producirían en las flores que adornarán mi camino, el mismo mágico efecto que el implacable huracán, haciéndolas levantar tan alto donde mi vista no pudiera alcanzarlas, pero yendo á depositarlas en lugar apartado, donde adornarían el camino de un ser más digno que yo. Herid, pues; ni una queja, ni un suspiro en mí; sí una palabra de amor y una sonrisa en mis labios. Virgilio, grad, 66 y 68 de la Invisible.

△

. . . .

Una montaña se presenta ante mi vista; su nombre es *Mihino.* En vuestra tierra no hay tal nombre; pero en la nuestra representa la montaña del Progreso. Toma este nombre de Mi (yo), hino (infinito) en lengua Etrusca.

Yo me llamo *Geleon;* tengo un hermano que dice llamarse *Stibium.* Desciendo de la rama de *Jeovak,* al mismo tiempo que de la familia de *Nimiachimiach.* Tengo aún otro hermano que tiene por nombre *Zerbal.* Yo he llegado á la mitad de la subida de esa gran montaña, y cuando á

su mitad me hallo, me encuentro con un hermano del espíritu que dice llamarse *Ardarél.* Subo más, y ambos nos reunimos con otro que encontramos que dice llamarse *Takinay*.

Así, reunidos los tres, seguimos avanzando. Ya nos encontrábamos casi en la meta, mas oímos voces que pedían socorro. Volvimos la vista atrás, y vimos dos hermanos que necesitaban de nuestro auxilio.

Sin bajar y sin quedarnos, es decir, nuestro ser se quedó porque era imposible el retroceso; pero nuestra caridad, nuestra voluntad y nuestro amor, retrocedieron para amparar al que de nosotros necesitaba. Uno decía llamarse *Moabon* y el otro *Stolchim*. Cuando ya los teníamos entre nosotros, grande fué nuestro asombro, pues reconocimos en ellos al *Isis* y al *Osiris*, bajo la capa de Moabon y Stolchim. Nos dieron las gracias, y juntos con ellos, andábamos más trecho en un instante, que lo que habíamos recorrido en siglos. *¡Haz bien y no mires á quién, y Él te recompensará!*

△

Si el Isis que rodea el Osiris, y el Osiris que rodea el Isis, os rodeara á vosotros, podríais llamaros *Eloi, Zao-Balvec, Stolchim, Tubalcain, Judá, Inri, Esrrin, Ne-Katon, Nekar-Nekam*, y otros muchos nombres que se apropian á tantos merecimientos y beneficios.

Más lo seréis, sí, porque cerca de vosotros se encuentra el Isis y el Osiris sin mancha que rodeará vuestras cabezas, cual fué rodeada la de nuestro Maestro, y os encontraréis en los valles de *Razach*, y subiréis al monte *Mihino* hasta encontrar el Hirimabi anhelado de todos.

Y cuando llegue la época de vuestra ascensión por el monte Mihino, encontraréis tres hermanos que llevarán diferentes vestiduras. La del primero será encarnada, «simbolismo del trabajo», y será el obrero que os enseñará á trabajar. La del segundo, encarnada y blanca, y simbolizará el trabajo y la «pureza en la amistad», y os servirá de compañero en vuestro ascenso. La del tercero será blanca, y simbolizará «la eterna pureza», y será vuestro Enseñador; el que os marcará el camino y fijará vuestras débiles plantas en el duro suelo del elevado é infinito monte. Él os enseñará el recto camino, y os instruirá en todo lo concerniente á la jornada.

INICIACIÓN EN EL GRADO 1.° DE LA MASON.·. INVISIBLE

— ¿Qué casos deben concurrir en el que desee ser iniciado en nuestra Masonería?

— Sólo un poco de amor es lo bastante, concurriendo en él la virtud del trabajo.

— ¿Cómo se verifica la iniciación de Aprendiz, ó sea en nosotros *Obrero?*

— El que ha de ser iniciado, lo comunica á un hermano que ya lo esté, y éste, á su vez, lo hace con el *Gran Maestro.*

Al tener este último conocimiento de ello, manda que lo traigan á su presencia. Después de ejecutado el mandato, el Gran Maestro lo examina de los hechos honrosos de su vida, de los trabajos por él realizados, de cuyo examen queda ó no satisfecho. Si lo primero, le dice al profano:

— No estoy enteramente satisfecho de tus palabras, y necesito: primero, pruebas de lo realizado, y después segundos hechos. Así lo hace el neófito presentando pruebas.

El Gran Maestro se contenta con que haya uno más á quien darle luz, y entonces le manda que realice los hechos, para lo cual le da un plazo de término medio, es decir, ni muy largo ni muy corto, durante cuyo tiempo, el aún profano, procura realizar las grandes hazañas de amor por sus hermanos, y de trabajos por el bien.

Después de esto, se reunen los principales de la Logia, y mandan que comparezca el neófito, al cual conducen delante del Gran Maestro. Este le dirige palabras cariñosas, y lo esfuerza á que continúe por el camino que ha emprendido.

Después de esta peroración, que suele ser extensa, le abraza por tres veces, con lo cual le da á entender: primero, la fraternidad que debe existir entre todos los Masones; y segundo, que él no distingue al rico ó al pobre, al alto ó al bajo, siempre que éstos tengan por guía el amor, y por norte el infinito progreso. También le indican los tres abrazos, que *en el tiempo pasado* existió entre ellos la unión, en el presente la fraternidad y en el porvenir la identificación entre uno y otro ser.

Después de haber sido abrazado por el Gran Maestro, los demás pasan á abrazar al profano; mas éstos sólo lo hacen dos veces, porque, menos puros, sólo responden de su pasado y de su presente, mas no pueden extenderse más allá de éste, y con rumbo al porvenir. Todos los presentes, después de abrazarle, le dirigen palabras de amor que el neófito acoge con cariño.

No le obligan á hacer juramento alguno, pues dicen que el jurar es querer penetrar en el porvenir, y esto no le está concedido á ningún ser; sólo sí al que le sea dada la ley de profecía, sucediendo esto con poca

frecuencia. Sólo se le dice: «*Supongo por el honor que en tu espíritu se revela, no dirás lo que se te va á confiar, ni tampoco divulgarás lo que has visto y verás.*

El profano responde: «En mi presente estoy cierto que nada diré, y mientras en mi espíritu se halle encarnado el honor á la palabra; mas respecto á mi porvenir nada puedo asegurar, porque como vos mismo sabéis, no nos es permitido leer en ese libro, para todos desconocido; mas confiad que haré lo posible por mi palabra empeñada, so pena de ser expulsado y de que vos dejéis de amarme. Al llegar á este punto, el Gran Maestro le dice: que respecto á lo primero, pedirá fuerzas al Supremo para depositarlas en su espíritu y privarle de que cometa tal falta; mas tocante á lo segundo, le dice: *No por tanta nimiedad, aparto de mis hermanos el inmenso amor que por ellos siento. No importa que falten; á los que esto hacen yo los compadezco, les aconsejo y los vuelvo al camino del bien; pero mi amor es imposible que les falte, so pena de perder mi existencia, por haberme convertido en lo imposible, es decir, en «ser mortal».*

Entonces mandan desnudar de sus ropas al profano, y que le sea puesta una túnica de color encarnado, simbolizando la viveza y el trabajo, que es de su grado.

Después de vestido lo presentan de nuevo al Gran Maestro, siendo recibido por él y los demás presentes con grandes muestras de júbilo. Entonces le invitan á que levante su alma al Altísimo pidiéndole su gracia, y dándosela él al mismo tiempo porque va á recibir la deseada luz.

Después de la oración, la cual va acompañada de las elevadas por el Gran Maestro y demás presentes, *le ponen un velo* ante su vista; y á la espalda, apretando un poco, un compás, y le preguntan si conoce el instrumento. Unos lo conocen, otros no. Si lo primero, recibirá más pronto la luz; si lo segundo, más tarde.

Al que no lo ha conocido, se le explica el sentido.

Después se le aplica una escuadra, después un nivel, y repítese esta operación hasta que con el contacto sólo distinga cada instrumento. Entonces se le quita el velo de los ojos, *el cual le han puesto para aclarar los demás sentidos quitándole el de la vista.*

Después de esta operación, empiezan á explicarle las funciones del compás, lo que simboliza; es decir, sus funciones, que son hacer trazados de infinita sabiduría, su simbolismo, la exactitud en sus funciones. La escuadra, medida de exactitud, y al mismo tiempo con su forma simboliza el infinito y la luz; el primero con la horizontal, la segunda con la

perpendicular. El nivel, la utilidad que debe prestar el hermano al hermano, y además indica la «gracia» por su posición.

Después que le ha sido explicado todo esto, ponen á sus pies un compás, á su cabeza una escuadra y en su pecho un nivel, y le dicen: «*Bajo tus pies se encuentra la exactitud, procura no desviar el pie para no pisarla.*» «*Si andas recto* (1) *por el camino, tal cosa no harás; mas si te desvías, ¡infeliz!, lo pisarías, y además tus plantas con sus puntas se herirían.*» «*Sobre tu cabeza se halla la escuadra, ella te dice que allá, del infinito, viene la luz; si te desvías, no caerá perpendicular sobre tu cabeza, y la luz te faltará.*» «*En tu pecho tienes el nivel, no te desvíes, porque te desviarías de* SU PRESENCIA *ante ti, y te faltaría la utilidad de tu hermano.*»

El profano entonces repite casi lo mismo que cuando le pidieron no divulgase lo visto y oído, es decir, que responde de su presente, mas que le es imposible hacerlo de su porvenir, por serle éste desconocido; mas, sin embargo, ofrece hacer poderosos esfuerzos para cumplir lo que le han pedido.

Le dan una espada y le dicen que ella es el símbolo del honor; que la empuñe con fuerza no sea que un día, batiendo al enemigo, aquél logre arrancarla de sus manos, rompiéndose tal vez; y entonces, falto de esa virtud, es fácil que revele lo dicho, lo visto y lo oído. Él promete como antes manejar bien la espada.

Seguidamente hacen que lea algunos versículos del Evangelio de la Verdad, cuyo sentido, en parte, le es aclarado y explicado. Condúcenle alternativamente á dos aposentos, el uno iluminado por grandes luces, las paredes adornadas de coronas de pensamientos, laureles y siemprevivas, grandes cuadros representando pasajes de hechos de heroísmo y caridad; el suelo se halla cubierto de mullida alfombra; además hay un lecho, sillas y demás accesorios, no lujosos, pero sí de esplendente belleza; el otro aposento, es todo lo contrario: la luz escasea, las coronas están marchitas, el suelo es áspero y desigual, la cama es un jergón, el mobiliario ruinoso. Cuando ha visto esto le dicen: «*Si eres bueno, fiel y honrado, la primera habitación será la tuya; si eres malo, infiel é hipócrita, será la otra que has visto; por lo tanto, de ti depende*».

Después de esto le hacen dar tres vueltas alrededor de la Logia, y que le pregunte á cada hermano cuáles son las palabras de paso y las

(1) En el rito de la invisible, los pasos, en el primer grado, son en línea recta y no en escuadra como en otros ritos; pues estos últimos pasos corresponden á otro grado como se verá.

palabras sagradas que le han de servir para conocer y ser conocido de sus hermanos; ninguno se las da, pues todos callan, hasta que el profano frecuentemente pide al Gran Maestro que se las comunique. Él le dice: En tus hermanos las has visto y en ti mismo, mas yo te las daré exactas, y entonces se las da.

Después de recibida la luz con los nuevos conocimientos adquiridos, le dice el Gran Maestro: «*La piedra bruta que has de labrar, es el corazón de un hermano falto de luz; trabaja en él hasta que lo hayas pulido lo bastante, para que pueda ser admitido en nuestra Orden.* No se le designa ninguno, y sí lo dejan á su elección. Además le dicen, que cuando traiga el nuevo hermano será elevado al grado de *Amigo;* mas no se le hace responsable del porvenir de aquél, y sí de su presente.

Entonces el Gran Maestro le dice: Tienes otras señales además de las palabras sagradas, para que te reconozcan tus superiores en grados y tus iguales; una de ellas es tu edad, que está dividida en tres épocas que son, *ayer, hoy y mañana:* lo cual quiere decir, que ayer eras obrero, hoy lo eres y mañana y siempre debes serlo de la obra del bien. Tienes, además, tres baterías que se hacen señalando con la mano derecha por tres veces tu cabeza, indicando con eso que sobre ella reside la sabiduría, y recordando que quieres ser bueno siempre y recompensar tu ayer en los tiempos de hoy y de mañana.

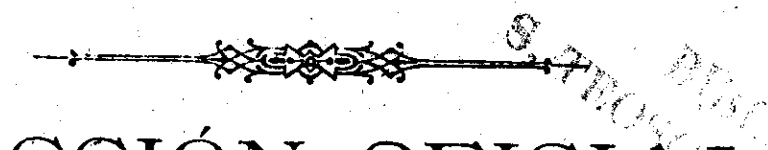
Tienes, además, otra señal en tus pasos, y éstos son tres en línea recta, con la mano derecha puesta sobre tu cabeza, y la izquierda señalando el suelo ó tus pies. Estos tres pasos rectos se hacen sacando primero el pie derecho ó el izquierdo, es igual de uno ú otro modo. Si se saca el primero, el talón del izquierdo debe tocar la punta del derecho, y después el talón del derecho la punta del izquierdo, y de este modo se dan los tres pasos, siempre en línea recta y las manos en la posición indicada. Sirven estos pasos para indicar que en tu presente andas recto, y por lo tanto, ni has pisado el compás, ni se ha desviado de tu cabeza la escuadra, y que vas derecho hacia el nivel. Tienes, además, un toque, que es el de tres abrazos cuando se está en trabajos, he indica la *eterna fraternidad.* Y cuando sólo es para reconocimiento, ponerse tres veces la mano sobre el pecho, hacia el lado izquierdo.

Después de concluída la iniciación, cantan los hermanos himnos de alabanzas al Señor del Universo; le dan las gracias por su asistencia, saludan y reconocen al nuevo hermano, y queda terminada la iniciación del primer grado.

Como no dejará de ser comprendido por algunos, la espada, la escuadra, el nivel, el compás, las habitaciones, todo es en sentido figurado; mas hay necesidad de la exoteria de esa forma, para que pueda mejor ser comprendido, sin penetrar en el vedado terreno de lo esotérico.

FRANCISCO PARÉS LLANSÓ.

(Se continuará).



SECCIÓN OFICIAL

La crisis que durante más de un año ha venido perturbando hondamente la Sociedad Teosófica, ha tenido por fin una solución que consideramos de las más satisfactorias, dadas las circunstancias; pues la Sociedad Teosófica continuará firme y vigorosa como siempre, sin que sus fines cambien ni merme su constante propaganda.

He aquí el documento oficial que pone fin al conflicto que tan amenazador llegó á presentarse.

NOTA EJECUTIVA

SOCIEDAD TEOSÓFICA

Presidencia.
ZUMÁRRAGA-ESPAÑA

Junio 5 de 1895.

Una carta oficial con fecha 2 de Mayo de 1895 de Mr. W. Q. Judge, de Nueva York, dirigida al que suscribe, y en la cual se firma «Presidente de la Sociedad Teosófica en América», comunica los hechos siguientes:

1.° Que la Sección Americana de nuestra Sociedad, ha declarado su «Autonomía completa y absoluta»;

2.° Que ha adoptado el título de «Sociedad Teosófica en América»;

3.° Que ha elegido á Mr. Judge Presidente vitalicio, y al Dr. J. D. Buck, Vicepresidente; y

4.° Que ha adoptado una Constitución por una mayoría de 181 votos en una votación total de 201, dados por Consejeros y por representantes de 90 Ramas en la Convención.

La relación detallada de la sesión enviada por Mr. Judge, demuestra que la Convención acordó un Preámbulo á aquella Resolución, al efecto de

que «las diferentes formas de organización, por las cuales había pasado *el cuerpo conocido como* 'Sociedad Teosófica' (el título fué dado tal como se ha impreso — entre comillas invertidas — aparentemente para indicar que la Convención no reconoce su validez) desde el año 1878, eran tan sólo el resultado del desarrollo, y no el de los votos»... «y han sido puramente *de facto* y no *de jure*».

La única interpretación de los hechos y declaraciones expuestas que el que suscribe, el cual se considera bastante bien informado de los procedimientos constitucionales y parlamentarios, puede dar, es que la Sección Americana, ejerciendo un derecho indiscutible reunida en Convención legal.

1.° Votó constituirse en una Sociedad separada y completamente autónoma con título, constitución y reglamento, Presidente vitalicio y otros funcionarios propios suyos, rompiendo así de un modo tan efectivo su relación con la Sociedad Teosófica, como los Estados Unidos de América rompieron su relación colonial con la Gran Bretaña, el 4 de Julio de 1776.

2.° Votó considerar á la Sociedad Teosófica como un cuerpo que existía *de facto* y no *de jure;* adjudicándose un nombre al que no tiene derecho sin tener jurisdicción constitucional sobre las Secciones, Ramas y Miembros de América y otras partes, que actualmente mantienen sus cartas constitutivas y diplomas.

Dado, sin embargo, que la Sección, Ramas y Miembros en cuestión, habían reconocido la jurisdicción de la Sociedad hasta la fecha de la reunión de la Convención verificada como parte de la Sociedad, y se hallan todavía inscritos en los registros del Centro General; y dado que los asientos no pueden alterarse sino por la intervención del Presidente, es del derecho del que suscribe circular la presente Nota Ejecutiva para gobierno de los interesados, completando así la reparación legal y constitucional de la Sociedad, de los Funcionarios, Ramas y Miembros que tomaron parte en la Sección Americana, extinguiendo á la Sección misma, y reconociéndola como una nueva Sociedad dedicada á los mismos fines que ha venido persiguiendo la Sociedad madre, durante tantos años. Por tanto, como Presidente y funcionario ejecutivo y representativo de la Constitución de la Sociedad Teosófica, declaro y proclamo ahora:

Primero. Que la Carta Constitutiva otorgada por el que suscribe en el año 1886, para la formación y sostenimiento de la Sección Americana, queda anulada por la presente, en virtud de la facultad dada en el art. 7.°, Sección 1.ª del Reglamento; y que desde el 28 de Abril de 1895, la Sección ha cesado de existir.

Segundo. Todas las Cartas Constitutivas de las Ramas que votaron en la Convención en favor del Acto de Separación, y las de las que desde entonces hayan votado y voten en lo futuro en pro de la misma, son anuladas por la presente, debiendo el Secretario Registrador borrar los nombres de las mencionadas Ramas del registro que se lleva en el Centro General de la Sociedad en Adyar.

Tercero. Los diplomas de todos los Miembros que hayan aceptado ó puedan aceptar en el porvenir como válido el dicho Acto de Separación, se cancelan por la presente, cesando sus tenedores *ipso facto* de ser Miembros de la Sociedad Teosófica, y debiendo anotarse en el Registro de la Sociedad, que se han retirado de la misma el 28 de Abril, ó en cualquier otra fecha en que posteriormente hayan declarado su adhesión al Acto de Separación mencionado.

Cuarto. Cierto número de Ramas, Miembros de Ramas y miembros no afiliados, han rehusado aceptar como obligatorio para ellos dicho Acto de Separación, y han expresado su deseo de continuar como hasta aquí sus relaciones con la Sociedad; y como la experiencia ha demostrado la importancia y necesidad de la acción organizada, el que suscribe declara:

(a) Que otorgará nueva Carta Constitutiva para una Sección Americana de la Sociedad Teosófica, con arreglo al art. 7.°; Sección 1.ª, 2.ª, 3.ª, 4.ª y 5.ª, y que por la presente confirma la validez de las Cartas Constitutivas existentes de aquellas Ramas, cuya mayoría de miembros haya votado en contra del Acto de Separación, ó puedan cambiar sus votos después de la fecha del presente documento.

(b) Para llevar á efecto esta resolución, el que suscribe nombra á Alexandre Fullerton, Esq., M. S. T. de Nueva York; á Mrs. Kate Buffington Davis, M. S. T. de Minneapolis; á George E. Wrights, Esq., M. S. T. de Chicago, y Williams John Walters, Esq., M. S. T. de San Francisco, en Comité especial para reunir y enviar al que suscribe todas las peticiones y resoluciones relacionadas con este particular, para cuidar de todos los asuntos en América, pendientes del otorgamiento de una Carta Constitutiva de Sección, como Agentes de la Presidencia para inspeccionar la debida organización de la nueva Sección Americana de la Sociedad Teosófica.

El que suscribe observa con sentimiento que la Convención Americana fué inducida á adoptar la idea, por completo falsa, de que la Sociedad Teosófica existente no es *de jure* la continuación de la Sociedad formada por H. P. Blavatsky, por el que suscribe y por nuestros colegas en Nueva York en 1875, sino un cuerpo adventicio, una resultante de circunstancias, sin autoridad real unificadora sobre sus Secciones y Ramas. Existe, sin embargo, en Adyar el Libro de Actas original de los procedimientos del Consejo, en el cual se halla escrita de mano del mismo Mr. Judge, y firmada con el nombre de Mr. A. Gustam, entonces Secretario de la Sociedad Teosófica, el acta de la reunión del Consejo que tuvo lugar en 1878, en el cual se otorgó al Presidente la completa facultad para establecer el Centro General en donde quisiera; para adoptar cualquier medida que creyera conveniente en pro de los intereses de la Sociedad, ratificando el Consejo de antemano lo que quiera que hiciese. Esta acta, hállase desgraciadamente ahora en la India; pero se ha pedido y se publicará lo antes posible, para gobierno de todos. Entonces se verá cuán falta de fundamento era la

exposición de la historia de la Sociedad que se presentó á la Sección Americana y al abogado-consejero que emitió dictamen. Cuando los fundadores marcharon de Nueva York para la India, el que suscribe, en una orden oficial expedida en Londres en Enero 1879, cuyo texto se conserva, *nombró* al Mayor General Abner Doubleday. U. S. A. M. S. T. su representante *pro tem*, no habiéndose entonces determinado ningún plan definitivo para el porvenir. Los miembros que quedaron en Nueva York se mantuvieron unidos nominalmente durante algunos años, pero por último se separaron. En 1883, fueron reunidos unos cuantos por Mr. Judge, y mediante la debida solicitud, se formó una nueva Sociedad con Carta Constitutiva como Rama de la Sociedad Teosófica, bajo el título de «Sociedad Teosófica Aria». En virtud de su casi sucesión, aun cuando de hecho ilegalmente, fueron retenidos en este cuerpo algunos de los registros originales de la Sociedad Teosófica. Como Rama, se le concedió Carta Constitutiva y fué registrada; ha mantenido la debida relación con el Centro General, y ha pagado al tesoro de la Sociedad los derechos y contribuciones legales de sus miembros. Anteriormente á esto, sin embargo, se otorgaron Cartas Constitutivas á otras dos Ramas Americanas. Por lo tanto, como Presidente Fundador, el que suscribe declara que la Sociedad Teosófica ha tenido una existencia no interrumpida desde la fecha de su fundación en 1875, hasta el presente, y que todas las cartas y diplomas que se han expedido bajo su sello y la firma del Presidente, han sido válidos y han tenido fuerza constitucional. Además, se declara oficialmente que desde la fecha del Acto de Separación, la retención de los papeles y demás propiedad de la última Sección Americana, el uso sucesivo del sello de la Sociedad Teosófica por la nueva Sociedad, sus funcionarios, Ramas y Miembros, han sido ilegales; y en nombre de la Sociedad, el firmante rechaza como nulos todos los nuevos documentos que lleven el Sello de la Sociedad ó su firma oficial. Igualmente pide que los funcionarios de la nueva Sociedad devuelvan el archivo de la Sección y demás propiedad al Comité Especial antes nombrado.

Finalmente, el que suscribe declara que, habiendo Mr. Judge, por acto propio, dejado de pertenecer á la Sociedad Teosófica, cesa de ser Vicepresidente de la misma, estando actualmente vacante dicho cargo.

Aun cuando hubiera sido mejor que la obra que se lleva á cabo hubiese continuado como antes en un espíritu de unidad y de mutua confianza, sin embargo, el que suscribe considera que una separación como la presente, era mucho más prudente que la continuación de resentimientos y de desunión en nuestras filas, por causas demasiado bien conocidas para que necesiten referencia. El que suscribe ofrece á los que fueron sus colegas Americanos, tanto particular como oficialmente, sus mejores deseos por la prosperidad, éxito y dirección honorable de la nueva Sociedad.

H. S. OLCOTT

Presidente Fundador de la Sociedad Teosófica.

CUESTIONARIO

1.° Las preguntas que se nos hagan con objeto de que se inserten y contesten en esta sección, han de ser claras y concretas.

2.° Las preguntas pueden ser formuladas por cualquier individuo, sea ó no miembro de la Sociedad Teosófica, ó suscriptor de esta Revista, dirigiéndose *precisamente por escrito* al Director de este periódico, San Juan, 3 y 5, principal, derecha, y firmadas por el preguntante. Al insertarse, no se incluirá la firma y sí las iniciales.

3.° Las respuestas aparecerán en el número siguiente al en que se publiquen las preguntas, siempre que sea posible disponer del suficiente espacio para insertar todas las contestaciones que se reciban, reservando para el próximo número las restantes, cuando no haya posibilidad de insertar todas.

4.° Pueden darse dos ó más contestaciones á una sola pregunta, por lo que rogamos á todos los teosofistas, sea el que fuere el punto donde residan, que nos favorezcan con su ayuda en este trabajo, remitiéndonos las respuestas que crean oportunas, suplicándoles lo hagan antes del día 1.° del mes siguiente á la publicación de esta Revista.

5.° La Dirección se reserva el derecho de no dar á luz aquellas preguntas y contestaciones que, por entrar en el dominio de lo esotérico, ó por cualquier otro motivo justificado, no crea conveniente publicar.

CONTESTACIONES

PREGUNTA XII

V. — ¿Es cierto que se preparan una serie de fenómenos físicos, geológicos, políticos, etc., en la Tierra, á consecuencia de la terminación de un cierto ciclo?

J. M. — Hemos leído varias profecías de teosofistas con relación al término del primer ciclo de 5.000 años, dentro del Kali Yuga que tendrá lugar en 1897; pero ignoramos por completo la certeza de tales profecías. El Sr. V., si es observador, puede juzgar por sí mismo apreciando el estado social por el que atravesamos; y sin ser ningún Elías, es posible que llegue á conclusiones que se imponen hoy á todo pensador verdaderamente imparcial y libre de prejuicios de clase.

PREGUNTA XIII

E. — ¿Qué opinión tiene la Teosofía de la pena de muerte?

A. B. C. — Bien claramente está expresado en un artículo que se publicó en el núm. 7 de la segunda serie de los «Estudios Teosóficos». En más de una ocasión los teosofistas han solicitado la conmutación de la terrible pena que había de ser aplicada á algún desgraciado, no sólo por creerla injusta en su aspecto jurídico-legal, sino porque el teosofista, al conocer *ciertas leyes,* conoce también lo peligroso que es libertar violentamente un conjunto de fuerzas tan desconocidas y extrañas como son las que consti-

tuyen la *vida* de un individuo. Si *E.*, tiene verdadero interés, puede consultar sobre esto el artículo citado.

PREGUNTA XIV

J. J. — ¿Qué opinión tiene la Teosofía de la literatura?

A. B. C. — Una opinión elevadísima; y la mejor prueba de ello, es que el segundo objeto de la Sociedad Teosófica es, como sabe todo el mundo, «fomentar el estudio de las Religiones, *Literaturas* y ciencias orientales y arias principalmente», sin que esto quiera decir que se desprecien, ni mucho menos, las obras literarias modernas de las que muy á menudo suele echar mano el teosofista para sus escritos. Además, la propia fundadora de la Sociedad Teosófica dió muestras del alto concepto en que se debe tener á las obras literarias; pues aparte de lo muy versada que se hallaba en la gran literatura clásica de todos los países, ella misma escribió preciosos cuentos que han sido muy elogiados por la gente culta en letras. Aparte de esto, el teosofista no puede negar la beneficiosa influencia oculta que ejerce en el ánimo la *sabia* literatura, que, como decía Cicerón, «consuela el ánimo en la vejez ó en la juventud, fortalece en las penas y constituye un goce puro en el hogar, en el campo y en la Soledad».

PREGUNTAS RECIBIDAS

PREGUNTA XX

O. O. O. — ¿Cuáles son los principios fundamentales que habían de seguir en la educación de la infancia y en los establecimientos de enseñanza en general, si éstos estuviesen dirigidos por teosofistas?

PREGUNTA XXI

B. P. — Dícese que lo que llamamos suerte, no es más que mérito contraído en pasadas vidas. ¿Qué méritos habrán podido contraer tantos hombres perversos con los que nos codeamos á cada paso, y que disfrutan de una posición envidiable? ¿No hace presumir esto que en otras vidas fueron buenos? Y si esto es así, ¿cómo se explica que ahora son malos?

PREGUNTA XXII

B. P. — En el número de Febrero último se dice en las «Cartas que me han ayudado:» ¿Creéis que los Maestros no han pasado por pruebas mucho peores que las que creéis sufrir?» ¿Por qué han debido pasar los Maestros por pruebas peores? ¿Tiene acaso la Ley dos medidas?

Imp. y Lit. de J. Palacios. Arenal, 27, Madrid